

LA PROMOCIÓN DE UNA INDIVIDUALIDAD EMPRENDEDORA EN EL CAPITALISMO FLEXIBLE: UN PROYECTO ÉTICAMENTE CONTROVERTIDO

Albert Muñoz Miralles
Universitat Jaume I
albertmumi@yahoo.es

Resumen / Abstract

A finales de los años setenta, Foucault percibió que la implantación de una forma nueva de gubernamentalidad, de signo neoliberal conllevaba una reconfiguración de la subjetividad, dando forma a un nuevo tipo de *homo economicus*, el empresario de sí mismo. Los cambios producidos en la economía global y, particularmente, en la organización del trabajo, según el principio de flexibilidad, alienta la extensión de una individualidad emprendedora. Sin embargo, la defensa de este modelo humano suele ocultar una realidad laboral precarizada e incierta, que dificulta la elaboración de una biografía personal consistente y el seguimiento de líneas de actuación socialmente responsables.

PALABRAS CLAVE: *homo economicus*, nueva economía, capitalismo flexible, neoliberalismo, gubernamentalidad, subjetividad.

THE PROMOTION OF AN ENTREPRENEURIAL INDIVIDUALITY IN FLEXIBLE CAPITALISM: AN ETHICALLY CONTROVERSIAL PROJECT

At the end of the 70s, Foucault perceived that the implantation of a new form of governmentality, of a neoliberal sign, entailed a reconfiguration of subjectivity, shaping a new type of homo economicus, the entrepreneur of himself. The changes produced in the global economy and, particularly, in the organization of work, according to the principle of flexibility, encourages the extension of

an entrepreneurial individuality. However, the apology for this human model tends to hide a precarious and uncertain work reality, which makes it difficult to develop a consistent personal biography and follow socially responsible courses of action.

KEYWORDS: homo economicus, new economy, flexible capitalism, neoliberalism, gubernamentalidad, subjectivity.

Introducción

RI La configuración actual del capitalismo es resultado de un proceso de transformación en la estructura de las organizaciones y de las relaciones económicas en un horizonte de globalización que propicia la apertura de nuevos mercados y conlleva mayores tensiones competitivas. El predominio adquirido en la dirección de estos procesos por una ideología de signo neoliberal, impulsó un giro respecto de las políticas favorables a la estabilidad económica y la inclusión social que habían reforzado el Estado del bienestar, hacia una mayor liberalización y desregulación de los mercados, lo que le otorgó un mayor protagonismo al sector financiero. Pero promovió también la difusión social de sus propios principios, valores y aspiraciones, de modo que sus políticas obtuvieron mayor aceptación y legitimidad, realizándose de manera específica a través de un proceso de conformación de la subjetividad.

Foucault advirtió, ya a finales de los años setenta, cómo comenzaba a implantarse una forma de gubernamentalidad que propició una actualización de la figura del *homo economicus* que enfatiza los rasgos característicos del emprendedor. Si bien el objetivo de este trabajo no es profundizar en el pensamiento del autor ni en los debates sobre su obra, sus observaciones servirán como punto de partida para dilucidar en qué medida el proceso de renovación del capitalismo habría intensificado la difusión del ideal humano que representa el empresario de sí mismo.

Se trata de un proyecto controvertido desde una perspectiva ética. Aunque se ampara en las anhelos de autonomía y desarrollo personal aparentemente realizables en un entorno social más fluido e interconectado, podría considerarse que se trata más bien de amoldar el comportamiento y las aspiraciones de los individuos a las condiciones laborales del nuevo régimen institucional, donde se reformula un tipo de trabajo que supone la normalización de situaciones efectivas de precariedad y desigualdad. Por ello se trata de evaluar, críticamente, las características de la subjetividad neoliberal, sus limitaciones y potencialidades para el desarrollo de

una personalidad moral autónoma y socialmente integrada, teniendo en cuenta las condiciones que presenta la actual configuración institucional.

Así, en primer lugar, se abordan los problemas que presenta la noción de neoliberalismo, luego, se profundiza en la interpretación que ofrece Foucault sobre la conformación de la subjetividad neoliberal mediante la teoría del capital humano, que cuestiona la función tradicional del trabajo. Finalmente, se analiza cómo la evolución reciente del capitalismo ha dibujado un escenario apropiado para la difusión de un *ethos* emprendedor, tratándose de un ideal humano controvertido. Por ello, se evaluarán los problemas que presenta una ordenación institucional flexible para lograr una inserción laboral y social satisfactoria, así como para elaborar una identidad personal consistente.

1. El neoliberalismo y la definición foucaultiana

Aunque es común atribuir los cambios en las políticas económicas y sociales a la influencia dominante de una ideología neoliberal, no es tan obvio que todos ellos respondan a un propósito definido y coherente. Por ello, habría que intentar precisar cuáles serían los rasgos comunes del liberalismo, atendiendo a las dificultades que se plantean. La aproximación que propuso Foucault (2007) ofrece una especial relevancia, en cuanto atendía a su capacidad para reconstituir el tejido social y configurar la subjetividad conforme a sus principios y valores característicos.

El surgimiento histórico del pensamiento neoliberal se explica como un intento de revitalizar las ideas liberales ante el tendencia intervencionista y expansiva que estaban asumiendo los gobiernos¹. Así el elemento aglutinador sería, precisamente, el rechazo generalizado a la intromisión estatal en el juego económico. De este modo, los neoliberales se enfrentarían a una concepción socialdemócrata del gobierno, de sus límites y funciones, para reivindicar la autorregulación de los mercados y la promoción de las libertades como la senda correcta para recuperar el dinamismo económico y social, superando la situación de estancamiento que atribuían a la

¹ La celebración del “Coloquio Walter Lippmann” (1939), en el que se constituyó el Comité Internacional para la Renovación del Liberalismo, puede considerarse como fecha de nacimiento del neoliberalismo. Supuso el encuentro entre la representación de un liberalismo clásico, los economistas austríacos –Von Mises, Hayek–, la Escuela de Friburgo –cuna del ordoliberalismo–, y los comienzos del neoliberalismo norteamericano, que cristalizará en la Escuela de Chicago (Foucault 2007: 190-191). Existen, no obstante, diferencias significativas entre las distintas escuelas, por ejemplo, en lo que respecta a la cuestión de los monopolios y la concentración, ante la que los autores de Chicago se mostrarían menos recelosos que sus predecesores (Dean 2014: 152), mientras se alejan de la orientación más social del ordoliberalismo –plasmada en la economía social de mercado– (Venogupal 2015: 3).

generalización de medidas intervencionistas, a los excesos regulatorios y a las cargas que imponía la acción redistributiva (Brown 2003; Fukuyama 2022: 35 ss.). El cambio de rumbo político desde fines de los setenta obedecería a la influencia creciente del pensamiento neoliberal en un clima generalizado de descrédito de la política, de modo que los gobiernos fueron reduciendo algunas de sus atribuciones alejándose de su orientación social, para asumir los principios y esquemas de la gestión empresarial, impulsando múltiples medidas liberalizadoras y desreguladoras, aplicando reducciones impositivas, o fomentando las privatizaciones (Brown 2006: 694 y 705; Stiglitz 2020: 55 ss. y 203)².

El avance de la globalización se apoyó, en buena medida, en el auge de los principios económicos neoliberales, sustentando la libre circulación de capitales y mercancías a lo largo del planeta (Estefanía 2002). Los Estados vieron así restringida su capacidad regulatoria, abandonando el componente social que asentaba su legitimidad, adelgazando sus competencias para adaptarse a las condiciones de competencia (Habermas 2000: 70-74). Se estaba produciendo, en definitiva, bajo el paraguas de ideas típicamente neoliberales, una redefinición de las reglas que regían el capitalismo (Ontiveros 2019: 43 ss.; Stiglitz 2020: 66 ss.). Sin embargo, la crisis financiera de 2008 supuso un momento crítico para la continuidad de estos procesos, minando la confianza en sus principios económicos (Dean 2014: 159). Pero el descrédito producto de las políticas de signo neoliberal no significó un cambio de orientación radical, que supusiera la reimplantación de un modelo socialdemócrata. Más bien, nos hallamos, hoy, en un escenario global altamente complejo, en el que persisten las facilidades tecnológicas y legales para la circulación del capital, mientras emergen movimientos nacionales reactivos frente a la globalización (Ontiveros 2019). La tendencia a la flexibilización institucional sigue condicionando en gran medida el panorama laboral, generando una mayor incertidumbre (Muñoz Miralles 2022). Así, aunque el pensamiento neoliberal sigue influyendo apreciablemente en la orientación política global, no ocupa una posición hegemónica hoy al pugnar con ideas y medidas alternativas.

Los efectos de desestabilización del sistema económico y financiero y, sobre todo, los intensos desequilibrios sociales que ha provocado, alientan una percepción crítica sobre el neoliberalismo. Sin embargo, el predominio de esta orientación interpretativa no ha ayudado a establecer una delimitación conceptual del fenómeno, o una articulación teórica rigurosa, de modo que el uso del término neoliberalismo ha adquirido un tono retórico e ideológico (Venogupal 2015). Aún así, sigue siendo pertinente incidir en los efectos sociales de unas políticas o acciones institucionales

² No se trata, claro está, de un proceso uniforme, lineal ni completo, pues cada país presenta un recorrido propio, aunque quepa hablar de una tendencia general. Tampoco se aprecia una consistencia plena entre los principios teóricos neoliberales y las acciones efectivas. Por ejemplo, la administración Reagan desarrolló políticas proteccionistas e incumplió notoriamente la regla de equilibrio presupuestario (Stiglitz 2020: 17).

que responden a una concepción más individualista y competitiva de la economía y de la ordenación social, reconociendo cierta vaguedad en su designación habitual. Por ello, resulta de interés la senda abierta por Foucault, que atiende a la capacidad del neoliberalismo para generar realidad social, interpretándose como un proyecto de reconstitución de la sociedad que opera con un conjunto de prácticas dirigidas a una conformación específica de la subjetividad (Foucault 2007: 90-93, 158-163 y 198 ss.).

La propuesta foucaultiana se presenta en un momento crítico, cuando comienzan a extenderse las acciones característicamente neoliberales junto a sus valores subyacentes. Comparte con otras lecturas contemporáneas la percepción de una subjetividad sometida a la presión de las fuerzas sistémicas que estaban configurando un escenario global de precariedad e incertidumbre (Kalleberg y Vallas 2018: 2-7).

Aunque su reflexión gira en torno a las problemáticas ligadas al gobierno, evita circunscribirse a una lectura ideologizante o estrictamente política (Lemke 2002: 2 ss.). Así, lejos de asumir el análisis del Estado como una categoría universal, dirige su atención a las prácticas gubernamentales concretas, que van acompañadas de una reflexión sobre la forma idónea de administrar el gobierno. Se trata, pues, de una análisis sobre el arte de gobernar (Foucault 2007: 16-17 y 95). Podrá hablar así de un arte liberal de gobernar, surgido durante el siglo XVIII y de su renovación neoliberal en el siglo XX.

El neoliberalismo sería, por tanto, desde esta perspectiva, un principio y método de racionalización del ejercicio del gobierno, que responde a una dinámica económica. Como arte de gobernar distintivo, pretende una transformación de la realidad, enfrentándose críticamente a ella, aun cuando no constituya una doctrina coherente (Foucault 2007: 360-363). Se trata de una forma normativa de racionalidad que aspira a organizar la esfera política, las prácticas gubernamentales, la constitución de los diversos ámbitos sociales y de la propia ciudadanía (Brown 2006: 693).

Los liberales clásicos ya introdujeron una racionalidad distintiva, que percibía el gobierno como un añadido a la dinámica de una sociedad compuesta por sujetos económicos que buscan satisfacer sus intereses, cuestionando su acción y legitimidad (Foucault 2007: 356-361). La novedad de la comprensión neoliberal radicaría en su pretensión de ir más allá de la esfera estrictamente política, produciendo formas de subjetividad, de comportamiento y de ciudadanía, así como una nueva organización de lo social (Brown: 2003). Por ello, va a generar las condiciones favorables para la constitución del *homo economicus* (Hamann 2009: 38).

El concepto de gubernamentalidad será clave para comprender cómo actúa la racionalidad neoliberal, más allá de las lecturas críticas habituales que, como la marxista, lo presentan como una mera ideología deformante de la realidad. Foucault, en cambio, enfatiza su capacidad para producir formas específicas de verdad, generadoras por sí mismas de realidad (Lemke 2002: 9; Read 2009: 34-35).

Puede entenderse, por tanto, que se trata de una tarea deconstructivista característica del posestructuralismo, develando las relaciones de poder existentes a la hora de generar discursos con significados sociales, resaltando la conformación mutua entre lo discursivo y lo material (Springer 2012: 140-143). Foucault se aparta así de la explicación lineal de tipo causal, para explorar la senda nietzscheana de la interpretación genealógica, ya que permite rastrear los orígenes y desarrollos heterogéneos de un fenómeno social resaltando su singularidad, tratando de aprehender la inteligibilidad transmitida por la variedad de prácticas y discursos que lo constituyen (Foucault 1980: 7-18; 1994: 16-18; y 2007: 51 nota). De esta forma, trataría de elaborar un diagnóstico crítico de las problemáticas que configuran la realidad del presente, vinculando los mecanismos de conocimiento y poder (Serban 2016), si bien, esta elección metodológica puede comprometer el rigor analítico y conceptual (Springer 2012, 140).

Según afirma Foucault, la gubernamentalidad designa una manera de conducir la conducta de los hombres, de modo que permite comprender las relaciones de poder (Foucault 2007: 218)³. Puede esclarecer así el proceso de formación de la subjetividad moderna, ya que las conductas individuales son modeladas institucionalmente (Sugarman 2015: 104). Para ello, se trataría de superar la dicotomía Estado-sujeto, cuestionando la división liberal entre lo público y lo privado, que no funcionaría ya como límite para la práctica gubernamental. Al mismo tiempo, trascendería la división entre poder material y sustento ideológico, alumbrando los procesos de configuración recíproca entre las tecnologías de poder y las formas de saber (Lemke 2001: 191 y 201).

De este modo, Foucault otorga mayor concreción a sus análisis sobre el poder, previamente centrados en la disciplina, a través de una *microfísica* que esclarece cómo se modelan los campos de acción de los individuos (Lemke 2002: 4-6)⁴. Pero se trata de una forma de control que, de manera significativa en el caso del neoliberalismo, opera más a través de la formación del sujeto que mediante el castigo o la represión, sirviéndose de procedimientos más informales y sutiles (Brown 2003: nota 2)⁵. Engloba tanto el gobierno autónomo de la propia actuación como la orientación de la conducta de otros (Lemke 2001: 191)⁶ El alcance de los

³ La “Razón gubernamental” se refiere a los “tipos de racionalidad que se ponen en acción en los procedimientos por cuyo intermedio se dirige la conducta de los hombres a través de una administración estatal” (Foucault 2007: 364).

⁴ *Vigilar y castigar* es su estudio más representativo sobre los procesos de individualización implantados por una sociedad disciplinaria, orientados a la normalización.

⁵ La biopolítica es la manera de racionalizar los problemas que plantea la gestión de las poblaciones, como conjuntos de seres vivos, a la práctica gubernamental (Foucault 2007: 359).

⁶ La conformación neoliberal de la subjetividad se realizaría a través de la subjetificación, dirigiendo a otros mediante procesos de conocimiento/poder;

dispositivos de control podría llegar a ser, así, más amplio, pormenorizado y ubicuo.

Foucault reconoce una doble fuente a la conformación del modo de gobernar neoliberal: el ordoliberalismo alemán y el neoliberalismo norteamericano, representado por la Escuela de Chicago. La doctrina liberal clásica había definido un modo de actuación del Estado que se caracterizaba por su autolimitación, permitiendo que el mercado –como institución emergente que estaba adquiriendo el papel central en la sociedad– se regulara a sí mismo, según el principio del *laissez-faire*. Pero la inclinación de los gobiernos hacia un mayor intervencionismo habría incitado la redefinición del arte liberal de gobernar, para fortalecer el funcionamiento autónomo de la economía (Foucault 2007: 129). Así, el neoliberalismo rediseñó las relaciones entre la economía, la política y la sociedad, convirtiendo al mercado en el principio regulador de la acción gubernamental y de la ordenación social (Lemke 2001: 200).

Este cambio de funciones reposa sobre una nueva concepción del mercado, que ya no se articula en torno al principio clásico del intercambio, sino que enfatiza su dinámica competencial, aunque no es considerada ya como un fenómeno natural, sino como el producto de unas condiciones creadas artificialmente (Foucault 2007: 146-153). La economía de mercado dejó de percibirse, por tanto, como un orden espontáneo y autónomo, para presentarse como un *juego*, es decir, como un conjunto de actividades reguladas insertado en un orden institucional armado jurídicamente, en el cual participan los agentes libres (Foucault 2007: 192-194 y 209-211; Lemke 2001: 193-195). El Estado debe actuar, precisamente, sobre el marco en el que se asienta la competencia económica, garantizando su buen funcionamiento, pero evitando interferir en ella. Por ello, su legitimidad se asienta en la eficiencia, mientras renuncia a sus funciones asistenciales o sociales, pues se entiende, desde la perspectiva neoliberal, que cada individuo es libre y capaz de cuidar de sí mismo, procurándose su propio bienestar (Brown 2003). La política social consiste, simplemente, en garantizar que nadie quede excluido del juego (Foucault 2007: 241).

El programa ordoliberal de reforma consistía en la expansión del modelo de empresa y de la competencia por todo el tejido social (Foucault 2007: 182-186). La empresa, de este modo, no se concibe como una forma institucional más, sino que constituye el modelo ético y formal de la vida social, definiendo una forma deseable de actuar (211). Pero fue la vertiente norteamericana del neoliberalismo la que empujó más decididamente en la mercantilización de la vida social y de la política (Hamann 2009: 41-42). Y para ello fue crucial el desarrollo de la idea del individuo como empresario de sí mismo (Foucault 2007: 250-254). Alrededor de ella se habría constituido, según Foucault, la figura de un nuevo *homo economicus* (182 y 211).

y de la subjetivización, tratándose de diversas prácticas, incluso de resistencia, mediante la que el individuo se formaría a sí mismo (Hamann 2009: 38).

El neoliberalismo se ha revelado, por tanto, como un proyecto normativo constructivista, que pretende constituir todos los aspectos de la vida alrededor del mercado, institucionalizando su racionalidad característica. Se convierte así en el principio regulador de la sociedad y de la política (Brown 2003). La profundización en una interpretación competencial de la dinámica social tendrá profundas implicaciones antropológicas y éticas, ya que conllevó a la promoción de un ideal humano acotado por los parámetros economicistas.

2. *Un nuevo homo economicus*

La confección del proyecto neoliberal de gubernamentalidad implicó una transformación sustancial de las ideas de individuo y sociedad. La estructuración mercantil de la sociedad mediante la generalización del modelo empresarial encauzó las conductas de los participantes, quienes aplicaron y extendieron la dinámica competitiva en la sociedad. La figura del *homo economicus*, utilizada en el análisis económico estándar, proporcionó el molde idóneo para la conformación de la individualidad según los parámetros de la racionalidad neoliberal. Pero estos, según Foucault, no se ajustan a la versión clásica del hombre económico, por lo que se delineó una nueva representación, que implicó un cambio sustancial en la formación de la subjetividad (Read 2009: 28). Incluso cabría entender que el propósito distintivo del neoliberalismo fue la producción de un nuevo ser humano, ajustándose a los cambios económicos e institucionales (García Ferrer 2020: 62-63).

Los antecedentes del *homo economicus* pueden encontrarse en Adam Smith y Stuart Mill, aunque no emplearon esa denominación. Smith, para explicar el progreso en la división del trabajo, remitía a una disposición natural que impulsa a los individuos a intercambiar unas cosas por otras, movidos por la búsqueda de un beneficio particular (Smith 2016: 44-48). En su economía política, Stuart Mill perfiló más nítidamente la figura hipotética de un agente cuya acción obedecía a un conjunto limitado de motivaciones –aunque no exclusivamente al afán de lucro–, descripción psicológica simplificada que facilitaba el análisis económico. En las versiones posteriores se fue dejando en segundo plano los incentivos de la acción para resaltar la racionalidad del método por el que se realizan las elecciones (Persky 1995: 222-224).

Pero el individualismo metodológico del que se sirvió la economía neoclásica, a la postre, supuso el aislamiento de la acción económica del contexto social e institucional; postulando la universalidad de la maximización de la utilidad subjetiva y subestimando las variables no económicas, culminaba lógicamente en una teoría general del comportamiento humano (Lie 1991: 220). El *homo economicus* podía funcionar así como paradigma de la acción social, en tanto se aceptara que la

racionalidad económica ofrecía el patrón elemental de cualquier forma de conducta. Sin embargo, la generalización del arquetipo economicista dejaba al descubierto sus limitaciones para representar la compleja realidad humana. La preponderancia concedida al autointerés como guía de la conducta se convirtió, inevitablemente, en el aspecto en que confluyen las diversas críticas. Pues subestima la influencia en la elección de las estructuras sociales y los valores compartidos (Anderson 2000: 191 ss.), o de los sentimientos y disposiciones prosociales (Sen 1977: 326-328). La asunción de unos agentes que actúan como meros egoístas racionales implica, además, la elusión de la responsabilidad moral, ignorando la posible influencia de incentivos genuinamente morales (Conill 2004: 115-117). En definitiva, lejos de ser una figura humana de alcance universal, habría que reconocer en el *homo economicus* el producto histórico específico de un tipo de sociedad que se distingue por el predominio alcanzado por la esfera económica, moldeando las preferencias y motivaciones de los agentes (Persky 1995: 227-228)⁷.

No obstante, podría objetarse que la suposición del agente autointeresado sirve exclusivamente para elaborar hipótesis plausibles, susceptibles de constatación empírica en el ámbito de la competencia económica (Friedman 1958). De esta manera, no se pretendería realizar ni una descripción exhaustiva de la realidad social ni la composición de un modelo humano con pretensiones normativas. Si bien, tampoco a este respecto, la capacidad predictiva del modelo se revela satisfactoria (Gowdy 2006: 96). En todo caso, hay que resaltar que el *homo economicus* no es solo una figura teórica útil para un análisis económico altamente matematizado, pues puede indicar los patrones de conducta apropiados en una sociedad competitiva.

El neoliberalismo norteamericano, según Foucault, habría asumido decididamente el propósito de producir una forma determinada de subjetividad, generando artificialmente las condiciones favorables para su fructificación. Ya no se trataba, por tanto, del sujeto natural del intercambio que había trazado el liberalismo clásico, sino del producto deliberado de una forma de gubernamentalidad que pretende orientar la conducta de los agentes (Lemke 2001: 200).

La nueva subjetividad se configura, siguiendo la teoría del capital humano, conforme al esquema de la empresa, componiendo una concepción antropológica distintiva. De este modo, el renovado *homo economicus* podrá adquirir la fisionomía del emprendedor, un empresario de sí mismo que trata de optimizar los recursos de los que dispone, siendo el productor de sus ganancias y su satisfacción (Foucault 2007: 260-265; Hamann 2009: 53)⁸. El capital humano consistiría, según la concepción neoliberal, en el conjunto de capacidades físicas y psicológicas de un

⁷ Las nociones de utilidad o eficiencia, centrales en el modelo, resultan también insatisfactorias (Sen 1977: 322-329).

⁸ La propuesta de una renta básica vinculada a la implantación de un impuesto negativo sobre la renta, tal como era planteada por Friedman, incidiría en la idea de trasladar al individuo toda la responsabilidad sobre la administración de su vida y sus recursos.

individuo, elementos innatos o adquiridos, junto a determinadas disposiciones –para desplazarse, para innovar, etc.–. La educación se concibe, consecuentemente, como una inversión realizada para desarrollarlas, tratando de optimizar su potencial.

Pero la introducción de la teoría del capital humano comportó una redefinición de las nociones asumidas del trabajo y del trabajador, invirtiendo la caracterización marxista de la relación de producción capitalista basada en la explotación (Marx 2010: 119-130). La identificación neoliberal del trabajador con la figura del empresario emprendedor, considerado como un sujeto económico activo que emplea sus capacidades personales de un determinado modo con vistas a la obtención de un resultado, difumina la oposición fundamental entre capital y trabajo. Pues el ingreso que el individuo obtendría de su trabajo representa el rendimiento producido por ese tipo especial de capital que posee inherentemente (Foucault 2007: 261-272; Read 2009: 28-32). La noción de capital humano seguiría representando, por tanto, una abstracción de las capacidades productivas y creativas humanas, como si constituyeran en sí un objeto intercambiable, aislado de su poseedor (Adkins 2005: 112).

Si se reconoce al individuo como gestor autónomo de sus recursos, entendido como un agente racional autointeresado, habrá que considerarlo como responsable exclusivo de los resultados que obtenga y, por tanto, de su propio destino (Boltanski y Chiapello 2002: 234). Y, de este modo, se ratificaría la estrategia neoliberal de propagación de los valores de mercado en el conjunto social (Hamann 2009: 38-43). Pues, según Foucault, esta concepción empresarial del trabajador constituye el núcleo del programa neoliberal para la reconstitución de la economía y la sociedad.

El alcance de este proceso trasciende así el ámbito laboral y económico, pues se trata de aplicar las técnicas de gestión empresarial a la dirección de la propia biografía. De este modo, el dispositivo neoliberal de producción de la subjetividad abarcaría todos los aspectos de la vida, sirviéndose de mecanismos más sutiles e informales, no coercitivos (Foucault 2007: 302-305). El ámbito de las emociones, especialmente la orientación del deseo, atraerá su actividad moldeadora (García Ferrer 2020: 64 ss.). El trabajador, por tanto, ya no solo enajenará limitadamente su capacidad productiva –como, según Marx, ocurría en el modo de producción capitalista (2010: 120)–, ya que la extensión de un régimen laboral flexible se irá traduciendo en una creciente absorción de la vida personal (Adkins 2005: 117; Fleming 2015: 35-37). La competitividad o la iniciativa se convierten no solo en los valores distintivos de un proyecto social y humano, sino en duras exigencias para unos individuos que, privados del soporte institucional, se ven impelidos a abrirse camino por sí mismos en pugna con unas circunstancias ajenas a su control.

Foucault percibió que la difusión del ideario neoliberal propiciaría una reformulación del sentido y de la función social del trabajo, mediante la conversión del trabajador en un empresario de sí mismo, según los principios de la autogestión, cediendo a una comprensión mercantilizada y competitiva de la autonomía individual.

La implantación generalizada de un modelo organizativo y laboral flexible habría acentuado la inestabilidad y la movilidad en el empleo, generando un escenario idóneo para la promoción de un *ethos* emprendedor.

3. La extensión de la individualidad emprendedora en el nuevo capitalismo

La evolución reciente del capitalismo ha estado animada, en buena medida, por principios asociados al neoliberalismo, abandonando un período dominado por una visión más inclusiva y equilibrada de la ordenación social y de la actividad económica, para devolver el protagonismo a unos mercados más liberados de la acción estatal, incidiendo en el deterioro del modelo keynesiano (Muñoz Miralles y González Esteban 2017: 54-55). El nuevo capitalismo se habría configurado a través del desarrollo de la globalización, valiéndose de la desregulación financiera y de la aplicación de las nuevas tecnologías para impulsar una amplia reordenación institucional orientada al propósito de la flexibilización (Sennett 2000 y 2006). Pero la implantación de este modelo económico e institucional conlleva la difusión de un determinado tipo de valores, de una comprensión del ser humano que se refleja en unos patrones de comportamiento particulares, ajustados a los requerimientos y características de la nueva economía. Se trataría aquí de dilucidar en qué medida ese ideal se corresponde al sujeto neoliberal que había descrito Foucault, pero sobre todo de atender a las implicaciones morales que comporta su promoción social.

Dicho proyecto hallaría un terreno propicio cuando la realidad del trabajo está siendo profundamente alterada como resultado de la confluencia de los procesos de transformación, adentrándose en un escenario dominado por la precariedad y la incertidumbre (Muñoz Miralles 2022)⁹. El modelo de producción fordista evidenciaba su desgaste conforme avanzaba la globalización, se diversificaban las formas de consumo, o se ampliaba la competencia. Como respuesta, las compañías se embarcaron en procesos de reestructuración, estableciendo procedimientos más fluidos y descentralizados (Sennett 2006; Muñoz Miralles y González Esteban 2017: 53-59)¹⁰. Las posibilidades ofrecidas por las nuevas tecnologías multiplicaban las oportunidades para desarrollar proyectos innovadores de negocio, como puede observarse en el ámbito de las plataformas digitales (Kenney y Zysman 2016: 61-62). En este contexto se imponía un modelo de relación laboral más flexible,

⁹ Se trata, evidentemente, de una aproximación amplia, pues las situaciones concretas de los diferentes trabajadores fueron muy variables en el pasado, como tampoco hoy responden a un patrón único. El propósito sería incidir en las tendencias predominantes.

¹⁰ El proceso general de transformación en la organización del trabajo se ha representado mediante el esquema teórico del posfordismo, aunque no está tan claro que pueda integrarse en un modelo unitario ni que obedezca realmente a un impulso rupturista (Vallas 1999).

conforme a una perspectiva contingente e individualizada del empleo, abandonando el esquema de la carrera laboral, que permitía organizar y planificar la vida personal (Vallas 1999: 87; Crowley y Hodson 2014: 92-100; Muñoz Miralles 2022: 16-17). Ahora se perfilarían trayectorias más irregulares, condicionadas por la variabilidad de las oportunidades de empleo (Snyder 2016: 43-48). De ahí que pueda denunciarse un deterioro generalizado de las condiciones laborales (Vallas y Prener 2012; Kalleberg y Vallas 2018).

La implantación de un marco económico y laboral articulado en torno al principio de flexibilidad requiere, ciertamente, de un importante soporte ideológico que asiente su legitimidad y garantice un grado suficiente de adhesión de sus diversos participantes¹¹. Se trataba, así pues, de trazar un renovado espíritu del capitalismo, difundiendo los valores característicos de la configuración actual del sistema (Boltanski y Chiapello 2002: 56-62; Chiapello y Fairclough 2002: 186-188). La promoción de un modelo de personalidad distintivo, una forma de ser y actuar que encarne los rasgos ideales para prosperar en el complejo entorno del capitalismo flexible, es un aspecto fundamental de ese proceso. En las reflexiones ofrecidas por Foucault pueden hallarse algunas pistas esclarecedoras sobre la orientación que había de seguir el proyecto de moldeamiento de la subjetividad, mediante la difusión social de un *ethos* empresarial.

La necesidad de establecer formas de actuación y organización más acordes a las dinámicas actuales serviría como pretexto para aplicar las ideas renovadoras, pues los esquemas establecidos dejaban de resultar funcionales. Se trataría de superar el conformismo, la rigidez y la inercia rutinaria que generaba el sistema de producción fordista, burocrático, jerarquizado y estandarizado, impulsando estilos empresariales más dinámicos, innovadores y fluidos (Muñoz Miralles 2021: 72-73)¹². Se requerían, por tanto, nuevos liderazgos, más informales, audaces, creativos y estimulantes, pudiendo hallar su inspiración principal en la literatura del *management* empresarial (Alonso y Fernández 2013: 55-59; Chiapello y Fairclough 2002: 199 ss.).

Pero la encarnación de ese espíritu emprendedor no se limita a los gestores o a los altos ejecutivos, como impulsores de una nueva cultura empresarial, ya que el proyecto neoliberal pretendía, justamente, expandir su alcance a todos los ámbitos de la sociedad (Medina-Vicent 2019). Los requerimientos competitivos planteados por una economía y una sociedad dinámicas justificarían la difusión, mediante una variedad de discursos y prácticas sociales, de los valores y actitudes asociados al emprendimiento.

¹¹ Se entendería por *ideología* el sistema de valores y creencias que cumple la función de legitimar un determinado ordenamiento político e institucional, con sus relaciones de poder, jerarquías, funciones e identidades características (Chiapello y Fairclough 2002: 187).

¹² La “nueva izquierda” jugó un papel precursor en el descrédito del sistema burocrático (Sennett 2006: 9-10).

Se trata de una narrativa disruptiva, que apremia a los trabajadores a ser proactivos, evitando el estancamiento, anticipando las oportunidades (Snyder 2016: 8). Puede reconocerse en parte de una psicología ajustada a los parámetros de esa cultura empresarial de signo neoliberal que, bajo la apariencia de neutralidad científica, legitima una visión ideologizada de la subjetividad¹³. Así, la psicología educacional asimila la misión de formar individuos exitosos, potenciando su autoestima y autonomía, desarrollando las habilidades y estrategias adecuadas para desenvolverse en un mundo competitivo. Mientras, la psicología positiva, sirviéndose del lenguaje del *coaching*, impele al individuo a producir su propia felicidad, identificada con el éxito personal según la imagen empresarial. La gestión óptima de sus recursos personales es lo que le permitirá, por tanto, alcanzar sus objetivos. Sin embargo, se trataría de alguien que es presa fácil de la ansiedad, poco inclinado al compromiso y tendente a instrumentalizar las relaciones (Sugarman 2015: 108-113).

La propagación de esta comprensión autoemprendedora de la subjetividad se desarrolla en un escenario propicio, como el que ofrece una cultura que realza las cuestiones relativas al yo y su identidad, que celebra el materialismo, amparando unas inclinaciones narcisistas intensificadas en la era digital (Muñoz Miralles 2021: 57-58). Se evita así una imposición disciplinaria, recurriendo como intuyó Foucault, a vías más sutiles, más propositivas. La influencia del modelo de *start-up*, empresa emergente, sugiere un nuevo giro en la producción de esa subjetividad neoliberal, que convierte la experimentación en el estado habitual practicado por un yo que asimila el riesgo como motivación para ponerse a prueba permanentemente y que, habitando la provisionalidad, renuncia a componer un proyecto de futuro consistente (Nicoli y Paltrienieri 2019: 48-51). La disposición para reinventarse, para asumir roles variables, para adaptarse a situaciones cambiantes, encaja convenientemente con las dinámicas organizativas de una economía fluida, pero a costa de someter el yo a una tensión constante, llegando a resquebrajar el sentido de la propia identidad.

La implantación de una racionalidad neoliberal supondría que todos los aspectos de la vida personal se vean sometidos a la lógica del mercado, asimilando las actitudes propias de la figura empresarial. Así, se entiende que los individuos han de ser capaces de gobernarse a sí mismos, de actuar con iniciativa, de asumir riesgos, de administrar ventajosamente sus aptitudes (Sugarman 2015: 104). En ese sentido, podría dar la impresión de que fomenta la autonomía personal, aunque, en tanto se sostiene sobre una visión netamente competitiva de la vida social, más bien se trataría de una mera exaltación de la autosuficiencia, que aspira a desprenderse de los lazos de dependencia o de subordinación (Sennett 2003: 109 ss.; Fukuyama 2022: 57-58; Muñoz Miralles 2021: 55).

De este modo, no sería desatinado reconocer la imagen de un *homo*

¹³ Estados Unidos es el epicentro de producción y difusión de este tipo de discursos, tratándose del lugar donde mejor se acogerían los valores y prácticas neoliberales.

economicus renovado en los rasgos que distinguen a la subjetividad emprendedora. La influencia del modelo empresarial se trasladaría, en definitiva, a la gestión que el individuo debe realizar de su propia vida, al desarrollo de su personalidad y de su actuación social. El automoldeamiento empresarial del yo devendría, a la postre, una condición existencial.

El trabajo sobre sí mismo se impone así hoy como una tarea permanente, como un requisito ineludible para integrarse en el nuevo mundo laboral (Gill 2019: 26 y 29-30). Tal y como demandaba la teoría del capital humano, tiende a difuminarse la distinción entre el ámbito laboral y el personal (Nicoli y Paltrienieri 2019: 44), provocando una absorción plena de la individualidad en el trabajo (Fleming 2015: 50-61). Así, el anhelo de autonomía personal espoleado por la narrativa del emprendimiento se realiza, paradójicamente, en una situación de dependencia más difusa, pero más continua y exigente (Boltanski y Chiapello 2002: 151 y 588). Aunque, en algún caso, esa retórica autoasertiva pueda ayudar a lidiar las incertidumbres vitales que provoca la economía flexible, aportando sentido a unas trayectorias discontinuas y confusas (Snyder 2016: 188).

Como denuncia Sennett, las condiciones propias de la nueva economía, lejos de propiciar el desarrollo de una historia laboral integrada sobre la que componer una narrativa personal coherente, tienden a convertirla en una serie de episodios inconexos, erosionando las cualidades del carácter que otorgan solidez y confiabilidad a la actuación de un individuo en el tiempo¹⁴. Las empresas de vanguardia, en cambio, requerirían un tipo de empleado más dúctil y versátil, adaptado a un escenario móvil, dinámico y transitorio. Para ello más que desarrollar un aprendizaje genuinamente profesional, ahora se espera que los trabajadores dispongan de unas habilidades portátiles, que permitan a adaptarse a funciones y situaciones variables (Sennett 2000: 111-116). Las dificultades de un mercado laboral sometido a las presiones de la globalización y el cambio tecnológico acelerado, componen un enrevesado escenario en el que las políticas flexibilizadoras del empleo se justifiquen como las únicas viables. Por ello, se espera que los individuos demuestren una mayor iniciativa y autonomía a la hora de enfrentarse al mundo del trabajo, asumiendo y realizando una percepción empresarial, emprendedora, de sí mismo (Snyder 2016: 49-50)¹⁵. Pues son ellos quienes, a la postre, habrán de manejar sus propio capital en la conducción del recorrido laboral (Vallas y Prener 2012: 343)¹⁶.

¹⁴ El *carácter* para Sennett sería el aspecto relacional de la personalidad, conectando con las estructuras sociales e institucionales en que se desenvuelve la vida individual (Muñoz Miralles 2015: 124-129).

¹⁵ Estas políticas laborales son respaldadas frecuentemente desde instancias gubernamentales. Por ejemplo, Francia ha creado un estatuto jurídico del autoemprendedor (Nicoli y Paltrienieri 2019: 40)

¹⁶ Según Fleming, la normalización de la precariedad libera al neoliberalismo, incluso, de la necesidad de recurrir al relato del autoemprendimiento, pues el temor provocado por la

En el encuentro cotidiano con la realidad laboral se patentizan las contradicciones inherentes a la narrativa del emprendimiento. La introducción de la flexibilidad, supuestamente, permitiría a los trabajadores despojarse de las dependencias y limitaciones que imponía el régimen fordista, ofreciendo un espacio abierto para su emancipación, de modo que pudieran dirigir autónomamente su trayectoria laboral y su desarrollo personal (Sennett 2000: 49-58; Boltanski y Chiapello 2002: 140-141; Vallas y Prener 2012: 339). El trabajador, por tanto, debería dejar de percibirse como un asalariado típico, para asimilarse plenamente a la figura del emprendedor, gestionando y potenciando sus recursos como una microempresa, proyectando su propia marca singular (Fleming 2015: 38-44; Sugarman 2015: 107)¹⁷.

Su realización profesional y personal, por tanto, no podría realizarse a través de un empleo permanente, subordinado a una cadena de mando. La fluidez de la economía actual estimula la conectividad, el emprendimiento y la iniciativa, realizables preferiblemente mediante el autoempleo –como *freelance* o trabajadores formalmente autónomos– o bien a través de contratos contingentes. La movilidad laboral se enfoca como un espectro abierto de oportunidades para la renovación personal. Sin embargo, la organización de las tareas y funciones obedece a las prioridades consignadas por las direcciones empresariales, proporcionando empleos discontinuos o parciales, a menudo a través de la subcontratación; pero reclamando en cambio una disponibilidad permanente de los empleados, tanto temporal como funcional (Adkins 2005: 112-113; Crowley y Hodson 2014: 93; Gill 2019: 19-26; Snyder 2016: 208-209). La difusión de la economía basada en las plataformas digitales incide, significativamente, en esta tendencia a la precarización del empleo, ya que sirviéndose de la exaltación discursiva del emprendimiento y la autonomía, fomentan un modelo de transacción basado en la tarea y el servicio inmediato proporcionados por trabajadores independientes. Por ello, difícilmente puede servir de soporte a propuestas alternativas, como la economía *colaborativa* o *compartida*, ya que tienden a reproducir los principios dominantes en el capitalismo flexible, generando vínculos efímeros entre unos usuarios que persiguen su propia satisfacción (Schor y Attwood-Charle 2017; Laín 2018; Vallas 2019: 53).

El trabajo abandona, en este contexto, su función tradicional como fuente generadora de sentido sobre la que elaborar la identidad personal, integrando las diversas experiencias para constituir una individualidad sólida y consistente (Sennett 2000: 125-127; Muñoz Miralles 2021: 108-111). Hoy, en concordancia con una realidad económica y laboral marcada por la incertidumbre y el cambio, emergería un yo fragmentario e inconsistente, empujado a anteponer una búsqueda oportunista

sensación de vulnerabilidad bastaría para someter a sus preceptos las vidas de los trabajadores (Fleming 2015: 38 y 47-48).

¹⁷ Los trabajadores del sector tecnológico o, más ampliamente, aquellos con más formación, muestran mayor adhesión al nuevo régimen flexible, asimilando su narrativa emprendedora (Kalleberg y Vallas 2018: 7 y 20).

de su propio interés al mantenimiento de los vínculos sociales, mostrando una escasa inclinación a afianzar la lealtad o el compromiso (Muñoz Miralles 2015: 133-135; Sugarman 2015: 108-111). Las directrices que guían la actividad económica actual configuran un marco institucional que deja un escaso margen para el desarrollo adecuado de las cualidades que distinguen a un ser humano verdaderamente autónomo, moralmente consistente e implicado socialmente. Pues más bien exige una adaptabilidad continua a las vicisitudes de la competencia y de las dinámicas empresariales (Muñoz Miralles 2021: 92-96).

La evolución reciente del capitalismo estimularía la adopción de actitudes y comportamientos marcadamente individualistas, que alejan la dinámica económica de los fundamentos sociales, humanos y morales que deberían sustentarla, generando desequilibrios, incrementando la desigualdad y quebrando la cohesión social (Conill 2004: 132 ss.). De manera significativa, el dominio que el sector financiero está ejerciendo sobre la actividad económica, imponiendo una visión cortoplacista y voraz, deriva en importantes daños sociales, como se demostró dramáticamente en la aún reciente Gran Recesión (Ontiveros 2019: 125-133; Stiglitz 2020: 64, 162, 293 y 308-310).

Desde una perspectiva ética, la prevalencia del modelo económico vigente, y de la concepción social y humana que sustenta, es fuente de variadas inquietudes. La búsqueda del beneficio a corto plazo o la mercantilización de los diversos ámbitos de la vida social, política y personal, justifican la necesidad de una revisión crítica permanente de los principios sobre los que se asienta la realidad actual, guiando la dinámica económica y social. Especialmente, en cuanto sigan prevaleciendo unos valores y conductas que, lejos de propiciar el desarrollo pleno de las potencialidades humanas, imponen severas limitaciones. Así, en lugar de estimular el florecimiento de disposiciones sociales hacia el cuidado o la cooperación, se incitaría a priorizar el interés particular en forma de autogestión exitosa. La equiparación de la sociedad al modelo de mercado implica que sus miembros tengan que concebirse a sí mismos como agentes competitivos, adentrándose en un contexto incierto y cambiante, en el que las garantías y oportunidades se vuelven más exiguas (Muñoz Miralles 2021: 163-168).

En la medida en que la acción individual se halla sometida a las exigencias impuestas por los mercados, la posibilidad de desarrollarse como seres moralmente autónomos es cada vez más complicada. De ahí, la perentoriedad de replantearse los principios que han de guiar el diseño institucional, para que responda a las exigencias de justicia, sin sacrificar la eficiencia y la prosperidad, de manera que pueda reconstituirse una sociedad más cohesionada, formada por ciudadanos más libres y responsables, unos seres que puedan reconocerse a la altura de su potencialidad moral. En ese sentido, se revela fundamental la función que pueden desempeñar las éticas aplicadas, particularmente la ética de empresa y económica, proponiendo unos patrones de comportamiento y unos principios organizativos más acordes a las exigencias morales de la sociedad (Cortina 1997: 29). Pues, según

ha mostrado la experiencia histórica, caben otros modelos de capitalismo, formas diferentes de organizar el trabajo, la actividad económica y la vida social (Conill 2004; Stiglitz 2020). Aunque es necesario ponderar las posibilidades y limitaciones que plantea el actual contexto global, pues sería engañoso pretender reconstruir tal cual modelos que prevalecieron en el pasado.

El capitalismo flexible promueve un conjunto de valores y aptitudes vinculados a una comprensión específica, tomada de un contexto empresarial, del desarrollo personal. Cabe apreciar, sin duda, la importancia de la iniciativa, la versatilidad o la creatividad como valores actitudinales que ayuden a las personas a integrarse en un contexto económico y laboral complejo y dinámico como agentes activos de su trayectoria profesional y de la vida institucional, siempre y cuando se incorporen a una concepción más amplia y ajustada a la riqueza de las potencialidades humanas. No se trata de formar individuos exitosos acordes a una lógica puramente empresarial, sino de reivindicar seres humanos plenos, implicados en la realidad social de la que forman parte como ciudadanos críticos y responsables.

Conclusiones

En distintas vertientes de la vida social de nuestros días es posible reconocer la influencia de un modelo humano ajustado a los parámetros de un tipo de racionalidad que prioriza los principios de un mercado liberado de constricciones sociales y morales. De este modo, las actitudes individualistas encuentran un caldo de cultivo propicio en el escenario configurado por un tipo de capitalismo, como el que se ha impuesto, que se nutre significativamente de principios asociados a un pensamiento neoliberal. Y si bien las diversas tendencias que configuran el contexto actual no responden a un proyecto unificado, el imperativo de la flexibilización impondría un sello distintivo al rumbo económico y político global, alentando la adopción de patrones de actuación personal que demuestren versatilidad, iniciativa, resiliencia o autosuficiencia.

La descripción anticipada por Foucault ha resultado ser premonitoria en diversos sentidos, vislumbrando cuál era el rumbo que estaba tomando la política y la economía, y qué tipo de sociedad y de individualidad se perfilaba. Aun cuando sea preciso reconocer que el proyecto neoliberal de reconstitución de la sociedad y de configuración de la subjetividad estaría lejos de haberse realizado de una manera exhaustiva, sería innegable la influencia alcanzada por determinadas ideas y valores que canalizan las aspiraciones y conductas de los diversos actores institucionales en una dirección marcadamente competitiva e individualista, adoptando los esquemas típicamente empresariales más allá de su ámbito.

La elaboración antropológica del neoliberalismo suponía, según Foucault,

una recomposición original del *homo economicus*, que trasciende la representación estilizada y abstracta empleada por la teoría económica, aunque sigue alimentando una visión atomizada y mercantilista de la sociedad. La idea del individuo como emprendedor se revela como figura emblemática de una era marcada por la liberalización y la flexibilización, impulsando un cambio profundo en la estructuración del trabajo, que afecta a todas las facetas de la vida personal y social. Si el trabajo representaba tradicionalmente una fuente de sentido para la integración de las biografías personales y para la formación del carácter, como muestra Sennett, la precarización actual dificulta enormemente el cumplimiento de esa función, volviendo, paradójicamente, más imprecisa la delimitación del ámbito laboral y del de la vida personal.

Es importante que los individuos sean capaces, responsablemente, de tomar las riendas de sus propias vidas, que rehúyan las actitudes conformistas o acomodaticias, y que actúen con iniciativa en entornos complejos. La economía y la sociedad pueden beneficiarse ampliamente, sin duda, de las disposiciones proactivas, dinámicas y creativas de sus miembros. Pero esa defensa suele hacerse para encubrir unas condiciones estructurales que inhiben su realización efectiva como seres autónomos, empujándolos, más bien, a situaciones de incertidumbre y precariedad. La actividad social y la vida personal no pueden, en definitiva, reducirse a la lógica de las relaciones mercantiles, entregándose a un dominio pleno de valores y prácticas meramente individualistas.

Referencias bibliográficas

- Adkins, Lisa (2005), "The New Economy, Property and Personhood", *Theory, Culture and Society*. 22/1: 111-130.
- Alonso, Luis Enrique y Fernández, Carlos J. (2013), "Los discursos del management. Una perspectiva crítica", *Lan Harremanak: Revista de relaciones laborales*. 28: 42-69.
- Anderson, Elizabeth (2000), "Beyond homo economicus: New developments in theories of social norms", *Philosophy and Public Affairs*. 29/2: 170-200.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002), *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Brown, Wendy (2003), "Neo-liberalism and the End of Liberal Democracy", *Theory and Event*. 7/1.
- (2006), "American Nightmare. Neoliberalism, Neoconservatism and Democratization", *Political Theory*. 34/6: 690-714.

- Conill, Jesús (2004), *Horizontes de economía ética. Aristóteles, Adam Smith y Amartya Sen*. Madrid: Tecnos.
- Cortina, Adela (1997), “Presupuestos éticos del quehacer empresarial”, en Adela Cortina, dir., *Rentabilidad de la ética para la empresa*. Madrid: Visor, 1997; pp. 13-36
- Crowley, Martha y Hodson, Randy (2014), “Neoliberalism at Work”, *Social Currents*. 1/1: 91-108.
- Chiapello, Eve y Fairclough, Norman (2002), “Understanding the new management ideology: a transdisciplinary contribution from critical discourse analysis and new sociology of capitalism”, *Discourse & Society*. 13/2: 185-208.
- Dean, Mitchell (2014), “Rethinking Neoliberalism”, *Journal of Sociology*. 50/2: 150-162.
- Estefanía, Joaquín (2002), “Globalización”, en J. Conill, coord., *Glosario para una sociedad intercultural*. Valencia: Bancaja; pp. 186-191.
- Fleming, Peter (2015), *The Mythology of Work. How Capitalism persists despite itself*. Londres: Pluto Press.
- Foucault, Michel (1980), *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- ___ (1994), “¿Qué es ilustración?”, *Revista de pensamiento crítico*. 1: 5-22.
- ___ (2000), *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- ___ (2007 [1979]), *Nacimiento de la biopolítica; curso del Collège de France (1978-1979)*. Madrid: FCE.
- Friedman, Milton (1958), “La metodología de la economía positiva”, *Revista de Economía Política*. 21: 355-397.
- Fukuyama, Francis (2022), *El liberalismo y sus desencantados*. Barcelona: Deusto.
- García Ferrer, Borja (2020), “Políticas de la subjetividad en el régimen neoliberal. El ‘psicopoder’ o la fábrica del *homo consumens*”, *Araucaria*. 22/43: 55-76.
- Gill, Rosalind (2019), “Cuando la propia vida es el campo laboral. Aspectos clave en la gestión de la vida en los empleos vinculados con las tecnologías digitales”, *Recerca*. 24/1: 14-36.
- Gowdy, John (2006), “Business Ethics and the Death of ‘Homo Economicus’”, en L. Zolnai, K. Ims, eds., *Business Within Limits*. Oxford: Peter Lang.
- Habermas, Jürgen (2000), *La constelación posnacional*. Barcelona: Paidós.
- Hamann, Trent (2009), “Neoliberalism, Governmentality and Ethics”, *Foucault Studies*. 6: 37-59.
- Kalleberg, Arne y Vallas, Steven (2018), “Probing Precarious Work Theory, Research and Politics”, *Research in the sociology of Work*. 31/1: 1-30.
- Kenney, Martin y Zysman, John (2016), “The rise of the platform economy”, *Issues in Science and Technology*. 32/3: 61-69.
- Laín, Bru (2018), “Comunidades, racionalidad y mercados: una crítica institucional a la defensa emancipadora de la economía colaborativa”, *Recerca*. 23: 19-42.

- Lemke, Thomas (2001), “‘The birth of bio-politics’: Michel Foucault’s lecture at Collège de France on neo-liberal governmentality”, *Economy and Society*. 30/2: 190-207.
- ___ (2002), “Foucault, Governmentality, and Critique”, *Rethinking Marxism*. 14/3: 49-64.
- Lie, John (1991), “Embedding Polanyi’s Market Society”, *Sociological Perspectives*. 34/2: 219-235.
- Marx, Karl (2010 [1873]), *El capital: antología*, Madrid: Alianza.
- Medina-Vicent, María (2019), “La evolución del discurso de la gestión empresarial a través de la literatura gerencial. Hacia la constitución del sujeto neoliberal”, *Signo y Pensamiento*. 38/75.
- Muñoz Miralles, Albert (2015), “El potencial filosófico del concepto de carácter en Sennett”, *Azaféa*. 17/1: 119-140.
- ___ (2021), *Richard Sennett y los retos de la nueva economía*. Madrid: Ediciones Complutense.
- ___ (2022), “Implicaciones personales de la reorganización del trabajo en el capitalismo contemporáneo. Un desafío para la ética”, *Amauta*. 20/40: 7-24.
- Muñoz Miralles, Albert y González Esteban, Elsa (2017), “Aportaciones de R. Sennett al desarrollo de la ética empresarial en el contexto del *Nuevo Capitalismo*”, *Veritas*. 38: 51-75.
- Nicoli, Massimiliano y Palminteri, Luca (2019), “El tránsito del empresario de sí mismo a la *start-up* existencial en el marco de las transformaciones de la racionalidad neoliberal”, *Recerca*. 24/1: 37-60.
- Ontiveros, Emilio (2019), *Excesos. Amenazas a la prosperidad global*. Barcelona: Planeta.
- Persky, Joseph (1995), “The Ethology of Homo Economicus”, *Journal of Economic Perspectives*. 9/2: 221-231.
- Read, Jason (2009), “A Genealogy of Homo economicus: Neoliberalism and the Production of Subjectivity”, *Foucault Studies*. 6: 25-36.
- Schor, Julieta B. y Attwood-Charles, William (2017), “The ‘sharing economy’: labor, inequality, and social connection on for-profit platforms”, *Sociology Compass*. 11/8: 1-16.
- Sen, Amartya (1977), “Rational fools: A critique of the behavioral foundations of economic theory”, *Philosophy and Public Affairs*. 6/4: 317-344.
- Sennett, Richard (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- ___ (2003), *El respeto*. Barcelona: Anagrama.
- ___ (2006), *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Serban, Oana (2016), “Reading Foucault as a pragmatist. Critical considerations on the archaeological and genealogical methodology of a foucauldian pragmatism

- and on this normative constitution”, *Anal. of the University of Bucharest. Philosophy series.* 65/1: 81-100.
- Smith, Adam (2016[1776]), *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza.
- Snyder, Benjamin (2016), *The disrupted workplace. Time and the moral order of flexible capitalism*. Nueva York: Oxford UP.
- Springer, Simon (2012), “Neoliberalism as discourse: between foucauldian political economy and Marxian poststructuralism”. *Critical Discourse Studies.* 9/2: 133-147.
- Stiglitz, Joseph (2020), *Capitalismo progresista. La respuesta a la era del malestar*. Barcelona: Taurus.
- Sugarman, J (2015), “Neoliberalism and Psychological Ethics”, *Journal of Theoretical and Philosophical Psychology.* 35/2: 103-116.
- Vallas, Steven (1999), “Rethinking Post-Fordism: The Meaning of Workplace Flexibility”, *Sociological Theory.* 17/1: 68-101.
- ___ (2019), “Platform Capitalism. What’s at Stake for Workers?”, *New Labor Forum.* 28/1: 48-59.
- Vallas, Steven y Prener, Christopher (2012), “Dualism, Job Polarization, and the Social Construction of Precarious Work”, *Work and Occupations.* 39/4: 331-353.
- Venogupal, Rajesh (2015), “Neoliberalism as concept”, *Economy and Society.* 44/2: 165-187.